Octavio Paz en su siglo

Los favores de la crítica

Juan Villoro

Decía Octavio Paz que Pablo Neruda fue el más querido de sus enemigos. Mi amistad con Christopher Domínguez Michael no alcanza ese rango de ambigua intensidad, pero surgió en el terreno de la adversidad literaria. La clásica tensión entre crítico y autor se prolongó para nosotros durante un tiempo que afortunadamente sólo duró veinte años. Christopher escribió notas no muy apreciativas de lo que yo hacía y, sin embargo, la relación que establecimos fue no sólo una muestra de respeto intelectual —dada la inteligencia y la pasión que él ponía en la revisión de mi trabajo—, sino que representó para mí una educación. Mi vida sería mucho más pobre sin la presencia de este amigo con el que puedo discrepar y que puede juzgarme con merecida severidad. Comprenderán el gusto que me da presentar esta biografía que pone en juego, precisamente, las virtudes de la crítica.

A propósito de Luis Cernuda, Octavio Paz decía: "Su sinceridad no es gusto por el escándalo, ni desafío a la sociedad; es un punto de honor intelectual". Con esta sinceridad está escrita la biografía *Octavio Paz en su siglo* y espero que mis comentarios, tan entusiastas como críticos, estén a la altura de ella.

Lejos de la beatificación, la biografía, que no regatea elogios al protagonista, también incluye numerosas críticas, ya sea de otros autores o del propio Christopher. No estamos ante un evangelista que habla de su profeta; tampoco nos adentramos en la fría zona de la neutralidad o en la perspectiva distanciada de quien ha ponderado un asunto que le interesa con la desaprensión de lo que ha ocurrido en "otro tiempo".

Hay que decirlo de una vez: Christopher Domínguez Michael ha escrito una biografía militante, apasionada, que toma partido desde una postura definida, una postura individual y de grupo. Esto deriva de su cercanía con el poeta, de la necesidad de tener lista una obra en el centenario (leemos una obra de coyuntura, que seguramente recibirá modificaciones en ediciones posteriores) y con la filiación intelectual del autor.

Dos figuras lo acompañan en forma tutelar: Enrique Krauze y Guillermo Sheridan. Ambos fueron cómplices cercanos del poeta y ambos han escrito esclarecedoramente sobre él. ¿Una mirada de grupo?, ¿de escuela?, ¿de capilla?, ¿de tendencia? Lo decisivo es que esta lectura "en densidad" refuerza el carácter militante del libro y permite hacer una fascinante conjetura: ¿cómo será interpretada esta biografía en la biografía que previsiblemente se escribirá sobre Christopher Domínguez? ¿Qué papel ocupa en su andadura intelectual? El título alude, de manera obvia, al siglo del que Paz fue testigo y al centenario de su nacimiento que ahora se celebra. De manera más profunda, establece un eco con una obra del poeta y ensayista: *Hombres en su siglo*. En la tradición cristiana, los seminaristas pasan por una última prueba antes de tomar los votos: para estar seguros de su fe, deben "conocer el siglo"; es decir, vivir la vida, ser gente mundana, de su época, ponerse en tela de juicio ante los placeres y los desafíos de la experiencia sensible, y calibrar si pueden prescindir de eso para continuar la vocación religiosa. Estar en el siglo significa vivir el tiempo. Tal es el retrato que ofrece Domínguez. Y el revés de esa trama insinúa su autorretrato.

El biógrafo parte de un tema trabajado por Enrique Krauze: la relación de Octavio Paz con su padre, revolucionario cercano a Zapata, hombre abatido por el alcohol, que muere atropellado; un hombre con el que el hijo nunca pudo reconciliarse del todo y que aparece memorablemente descrito en el poema "Pasado en claro". Paz trasciende la figura del padre a partir de la identificación con el abuelo, político liberal, editor, impul-

sor de José Guadalupe Posada; un hombre dueño de una biblioteca extraordinaria con quien el nieto establece una filiación intelectual. Paz decide su identidad hacia atrás, saltando al padre para llegar al abuelo.

Su obra entera está atravesada por el sentido de la historia y su carácter muchas veces evanescente, y por la paradójica permanencia de lo fugaz: "Pasan los años, quedan los instantes". Esta rueda del tiempo determina la mente del poeta y es pieza central de la biografía. Un intérprete de los signos y las épocas visto a contraluz del atribulado siglo XX.

Aunque abundan las voces que hablan de Paz, en la primera parte se abusa de las referencias a Guillermo Sheridan. Cada tercer párrafo hay una cita de él. Aunque se trata siempre de referencias valiosas, esto produce una extraña impresión de palimpsesto: al leer *Octavio Paz en su siglo* uno siente que también leyó *Poeta con paisaje* de Guillermo Sheridan.

Cuando Christopher informa que Octavio Paz colaboró con el último número de la revista *Hora de España*, añade: "según comenta Sheridan". No estamos ante una opinión sino ante un asunto fáctico, verificable en los archivos. Sin embargo, para ese momento, el autor ya ha desarrollado el irresistible tic de someter todos sus datos al tribunal de Sheridan. Así, el debido respeto a un precursor se transforma en dependencia (se agradece, desde luego, que esta subordinación ocurra ante la autorizada voz de Sheridan).

El concierto de las ideas

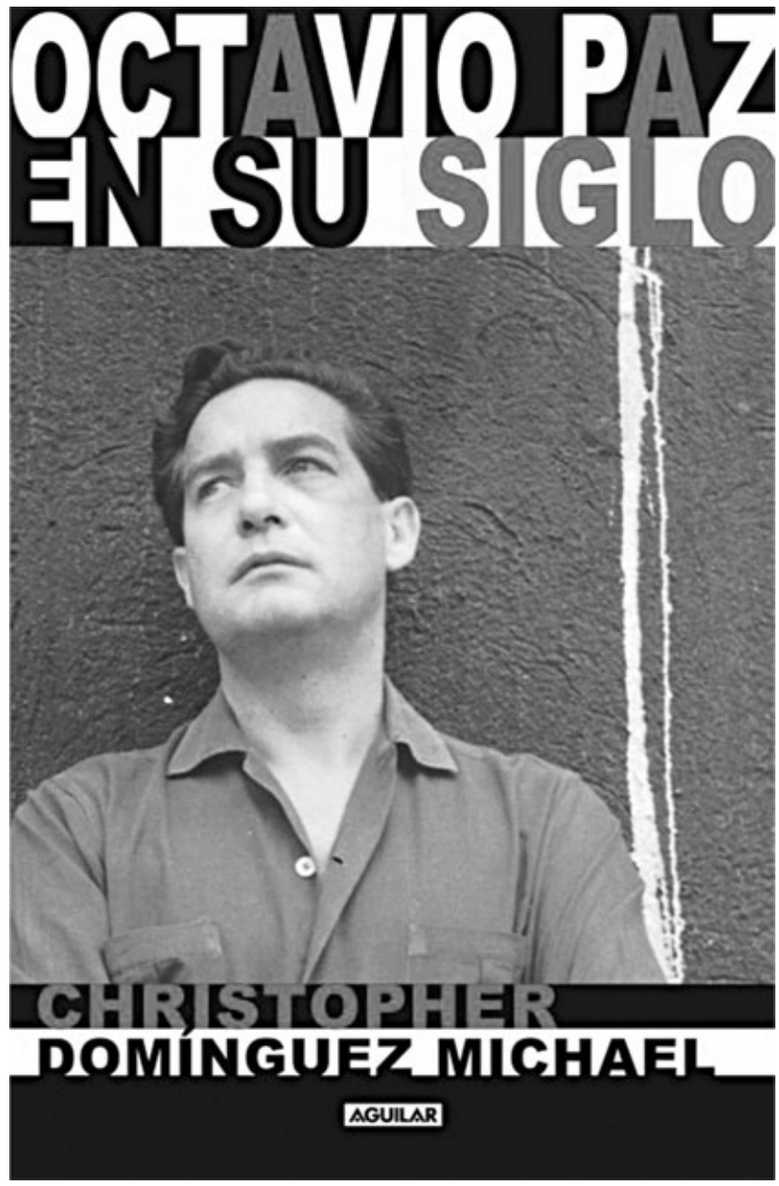
El libro se enriquece poco más adelante, cuando pasa del periodo formativo al momento en que el poeta se asoma al mundo, se interesa en las ideologías, discute con su época.

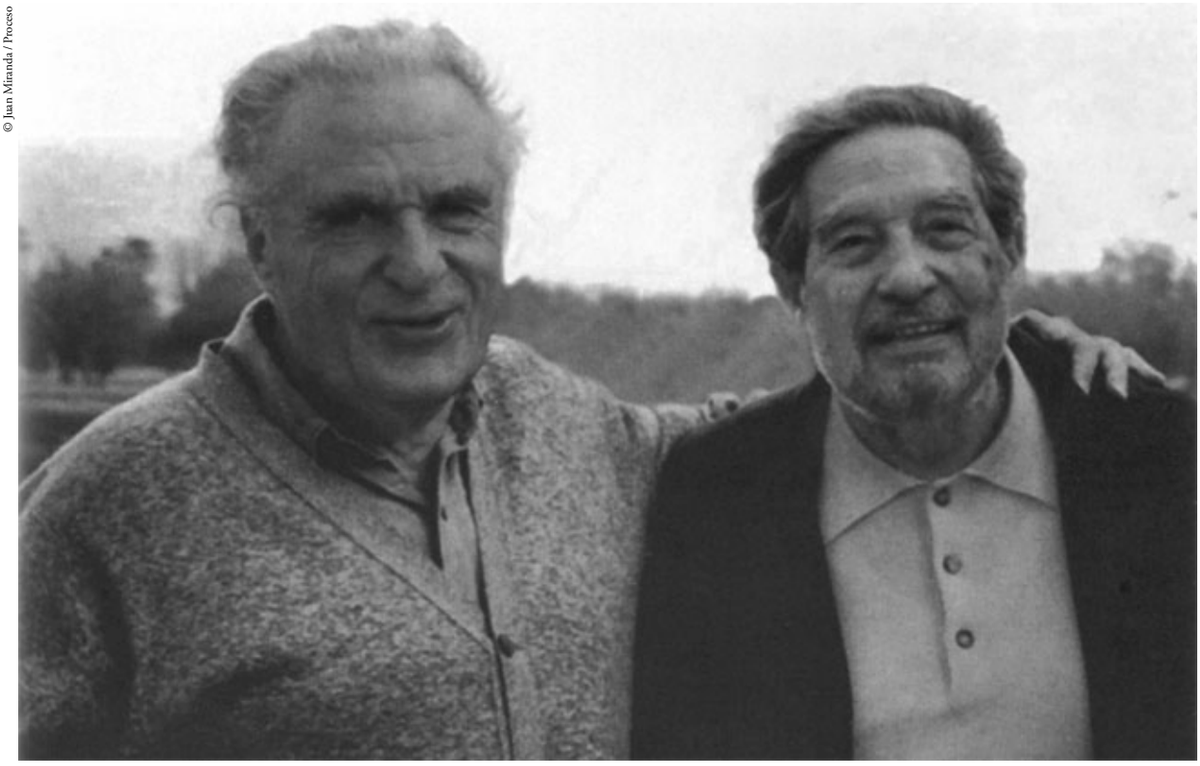
Diversas personas que frecuentaron a Paz han señalado su independencia intelectual, no sólo respecto a las escuelas de pensamiento, sino a lo que pudiera pensar su interlocutor. Tzvetan Todorov ha señalado que lo que más le impresionó en Paz fue que expresara sus ideas sin intención de quedar bien; no buscaba la seductora complicidad ni el consenso negociado; buscaba una verdad que podía ser incómoda. Esta "pasión crítica", para usar una de sus más caras expresiones, lo llevó a defender ideas al margen de todo sentido de la complacencia.

La fiebre intelectual de Paz es retratada en forma precisa por Domínguez en la parte central de la biografía. Con rigor y elocuencia recrea el paso por la Guerra Civil española, la estancia en París, el contacto con el surrealismo, el entusiasmo y la decepción ante la aurora socialista, el fecundo tránsito por la India, las discusiones con colegas en Cambridge y en Harvard. Un apasionante mural de hechos que son ideas.

No es casual que Domínguez toque la tecla exacta en la zona medular de su trabajo. Uno de sus mejores libros de ensayos, *Tiros en el concierto*, trata, precisamente, de la relación entre literatura y política. Si Stendhal juzgó que, en un cuento o una novela, la reflexión ideológica podía caer como un tiro en medio de una sinfonía, Domínguez se ocupa, no de los escritos subordinados a la política, sino de la relación de ida y vuelta entre la imaginación y la vida social en que ocurre. Ningún crítico mexicano ha calado tan hondo en este terreno. Su monumental biografía de fray Servando Teresa de Mier lo confirmó como el excepcional intérprete de una mente en el mundo que la hace posible. Al relatar la enciclopédica relación de Paz con su siglo, alcanza uno de los mayores momentos de nuestra vida intelectual.

A propósito de Paz, Fernando Savater ha dicho que uno de sus problemas fue tener razón demasiado pronto. Adelantarse a la opinión pública suele ser impopular. En 1951, Paz escribe un texto pionero sobre los campos de concentración en la Unión Soviética y lo





© Juan Miranda / Proceso

Julio Scherer con Octavio Paz

publica en Buenos Aires en la revista *Sur*, dirigida por Victoria Ocampo, porque no lo pudo publicar en México. En aquel momento se consideraba que denunciar los horrores de la Unión Soviética significaba "hacerle el juego" al enemigo y convertirse en compañero de ruta del imperialismo. La valentía de Paz lo malquista con diversos sectores de la izquierda y él, cuyo signo zodiacal fue el belicoso Aries, responde con brío, convirtiéndose en uno de los grandes polemistas del idioma para defender ideas.

De manera explicable, sus opiniones cambian, maduran, se matizan. Por ejemplo, el Octavio Paz de *El laberinto de la soledad,* que busca la especificidad del mexicano, no es exactamente el mismo que el de *Posdata,* que dice: "el mexicano no es una esencia, sino una historia", un sujeto que se modifica y cambia con el tiempo.

El núcleo iluminado de la biografía es el retrato de un pensador en el bosque de las ideas. No estamos ante una biografía fundamentalmente anecdótica (aunque, por supuesto, la vida del poeta, sus relaciones familiares, sus amistades y sus amores estén presentes). Tampoco es, como ya dijo Fabienne Bradu, un análisis de su poesía, por más que la poesía esté muy bien utilizada como narración lírica de la vida de Octavio Paz (sus actos y sus ideas tienen un correlato en los poemas que cita Domínguez). Tampoco estamos ante una biografía propiamente intelectual, que busque analizar las fuentes del pensamiento de Paz, sus influencias, su relación, abierta o implícita, con otros modos de pensar.

Paz fue un extraordinario artífice de textos en los que citaba poco y muy bien. Sus citas son joyas de sentido, por la calidad con que apuntalan lo que dice y por su rareza. En muchas ocasiones discute ideas previas que no necesariamente glosa o explicita. Con esto no quiero decir que se apropie indebidamente de ellas. Si algo caracteriza el pensamiento de Paz, como ha dicho Gabriel Zaid, es su carácter fundador y emancipador; es un pionero en prácticamente todas las áreas que toca. Pero dialoga con los otros, sigue a algunos, parafrasea. En una biografía de corte más intelectual, estas relaciones estarían muy presentes.

El anecdotario, la poesía y las ideas de Paz le sirven a Domínguez para crear una biografía de otro tipo, social y política: los tiros en el concierto.

El escritor comprometido consigo mismo

Hay muchas maneras de aproximarse al Paz político. Para empezar, conviene aludir a sus extraordinarios gestos cívicos, perfectamente narrados en la biografía: la renuncia a la embajada en la India después de la matanza de Tlatelolco y su salida de la revista *Plural*, publicada por *Excélsior*, después de que el presidente Luis Echeverría orquestara el golpe contra Julio Scherer García.

El libro no podía soslayar la célebre tensión de Paz con la izquierda, de la que inicialmente provenía. El tema es inagotable y puede dar lugar a numerosos libros. Cuando trabajaba en *La Jornada Semanal* tuve la suerte de contar con Paz como solidario colaborador. Ahí pude ser testigo de su pasión por dialogar y discutir con la izquierda. La primera vez que lo invité a participar, ha-

blé en el tono vacilante de quien se dirige a una leyenda que pertenece a "otro bando": "No sé, Octavio, si usted quiera colaborar con nosotros…". Su respuesta no dejó lugar a dudas: "Por supuesto que sí: me encanta estar en contra".

Christopher refiere con acierto las llamadas telefónicas de Paz que podían convertirse en un seminario de literatura. Su capacidad de buscar al otro, que muchas veces era un adversario político, fue uno de sus rasgos más importantes. Con cierta perplejidad, escribe Christopher: "A veces, cuando con razón o sin ella, nos sentíamos molestos con él, lo encontrábamos más atento con sus 'enemigos tan queridos' que con sus colaboradores más cercanos". La frase es reveladora. Paz parecía mucho menos interesado en el llamado "grupo de Octavio Paz" que otros de sus miembros. Su talante combativo requería de aliados, pero su curiosidad intelectual lo apartaba de los reductores acuerdos de la secta o la camarilla. En muchos casos, respetaba más a quien pensaba de manera diferente que a quien repetía mansamente lo que él había dicho.

Se ha simplificado mucho el carácter supuestamente conservador del pensamiento de Paz, del mismo modo en que se ha simplificado su creciente encono hacia la izquierda. Su relación con figuras como Carlos Monsiváis, con quien compartió su último fin de año discutiendo el tema de Chiapas, es muy próxima. Cuando hablaba de su deseo de "estar en contra", se refería sobre todo a excesos y dogmatismos de la izquierda, también combatidos por sectores progresistas.

Me parece equivocado considerar que existe *una* izquierda en un país donde los encapuchados que incendian un camión se proclaman de izquierda, Manuel Bartlett también se proclama izquierdista y un partido burocratizado y corrompido como el PRD se considera representante de las corrientes progresistas. Las izquierdas tienen numerosas formas de ser desastrosas o de concebir una esperanza.

Un aspecto conflictivo de *Octavio Paz en su siglo* es la maniquea visión de la arena política. Con excesiva frecuencia, Christopher habla de La Izquierda como si se tratara de un bloque homogéneo, perfectamente localizable y siempre adverso. En este sentido, al estudiar a su protagonista, pone en juego su propio repudio, mucho más acendrado que el de Paz.

Todavía en 1971, a los 57 años, el poeta hace un llamado, junto con Heberto Castillo y otros intelectuales, a formar un partido de izquierda democrática. En ese momento se opone a la guerrilla, critica el socialismo realmente existente y la intolerancia en numerosos frentes de la izquierda latinoamericana, pero no asume una postura conservadora. Tiempo después, en 1979, escribe en *El ogro filantrópico*: "Yo no rechazo la solución socialista. Al contrario, el socialismo es, quizá, la única salida racional a la crisis de Occidente. Pero, por una parte, me niego a confundir al socialismo con las ideologías que gobiernan en su nombre en la URSS y en otros países. Por otra parte, pienso que el socialismo verdadero es inseparable de las libertades individuales, del pluralismo democrático y del respeto a las minorías y los disidentes". No habla un pensador que explore tentativamente las posibilidades del quehacer político, sino un hombre de 65 años, curtido en toda clase de debates. De manera simplista, Domínguez afirma que dicho libro está "enderezado contra la izquierda mexicana". Su campo de análisis es mucho más rico y complejo: descifra la dominación patrimonial del PRI y la ubica en la cuenta larga de la historia, al tiempo que debate las principales ideas de renovación del siglo XX. Numerosos analistas mexicanos que podemos ubicar en distintas gamas de la izquierda —de Roger Bartra a Luis Hernández Navarro, de Lorenzo Meyer a José Woldenberg—, tienen claros puntos de confluencia con el análisis de Paz. En suma, *El ogro filantrópico* no puede ser visto en exclusiva como un libro "contra la izquierda", sino como una de las mayores contribuciones para renovar el pensamiento social (y esto incluye a distintas versiones de la izquierda). A propósito del centenario de Paz, Enrique Krauze insistió con justicia en que su legado en las ciencias sociales no podía ser visto como una lucha contra la izquierda sino contra sus excesos.

Cuando Christopher describe el momento en que, de manera aberrante, unos vándalos queman la efigie de Octavio Paz frente a la embajada norteamericana, explica el hecho comentando que el poeta "se había distanciado de la izquierda". De nuevo, la relación causa-efecto es simplista. Los pirómanos no actuaban en nombre de La Izquierda. En su delirio, asociaban al autor de *El laberinto de la soledad* con el imperialismo y, de manera confusa e indigna, pretendían representar a sectores progresistas que de inmediato se deslindaron de esa infamia.

Opuesto al dogmatismo, impulsor de la pluralidad y la tolerancia, el poeta merece los favores de la crítica. En numerosas ocasiones, Christopher lo cuestiona con provecho. Pero su defensa a ultranza del Paz en pie de lucha contra la izquierda, rebaja el complejísimo legado de su protagonista.

La narración de la polémica que Paz sostiene con Monsiváis también se ve afectada por las prenociones del biógrafo. A la distancia, el analista puede considerar que el poeta superó sin trabas al cronista. Para ello, está obligado a ejercer los trabajos, en ocasiones fatigosos, de la argumentación. Sin embargo, antes de explorar el tema, afirma que "Paz no podía *sino ganarle* a Monsiváis" (las cursivas son mías). El campeón invicto tenía que retener su corona: fue superior *a priori*. Desde el caballo de Troya sabemos que en ocasiones los más débiles ganan una batalla. Demasiado cerca de sus pro-

© Ricardo Salazar / IISUE / AHUNAM

Octavio Paz

pias pasiones, Christopher no describe la disputa desde la ponderada comparación, sino desde la idolatría. En la página 402, esto lo lleva al "verso sin esfuerzo": "Sólo Paz era capaz…". Dictada por la admiración, esta cacofonía tiene un excluyente tono de superioridad, como si el principal valor de la inteligencia fuera competitivo.

Sin embargo, como he apuntado antes, la biografía no está exenta de críticas a su objeto de estudio. En esta cuerda, Domínguez subraya la excesiva importancia que el poeta dio al mito para explicar la realidad.

Gaston Bachelard solía distinguir el pensamiento científico del precientífico señalando que el primero se sirve de la metáfora, no para ejemplificar o ilustrar, sino para explicar. Así, está más cerca del pensamiento mágico o del pensamiento poético. En ciertos textos de Paz, el símbolo se convierte en explicación. Siguiendo a Jorge Aguilar Mora, aunque distanciándose de algunas de sus conclusiones, Domínguez rechaza la explicación mítica de la matanza de Tlatelolco como un sacrificio inscrito en el círculo del tiempo.

Las investigaciones sobre Paz podrían recorrer sendas que no han sido tomadas en cuenta en esta biografía. Señalo sólo algunas para mostrar que estamos lejos de tener una visión definitiva del poeta y que los estudios sobre él siguen venturosamente abiertos. Pienso, por ejemplo, en el número que *Vuelta* dedicó a la interpretación de la escritura maya realizada por Linda Schele en su libro *The Blood of Kings*. Aquel *dossier*, que llevaba el título de "Luz sobre los mayas", irritó a varios epigrafistas mexicanos, ofendidos por la relevancia que Paz concedía a trabajos ajenos a la tradición local y por su crítica a la condición estática de los estudios nacionales. De nuevo, el poeta acertó al destacar la importancia de ese análisis de las estelas mayas. Hoy nadie pone en duda el legado de la estudiosa norteamericana cuyos restos fueron enterrados en Palenque. Este tema, que involucra escritura, arqueología y estudios culturales, se vincula con el largo interés de Paz en el mundo prehispánico y su eco entre nosotros.

También merecería un capítulo, o acaso un libro entero, el grupo de poetas de Harvard, que se admiraron al grado de prometerse mutuamente el Premio Nobel y que, cosa en verdad extraña, acabaron obteniéndolo. Me refiero a Derek Walcott, Seamus Heaney, Joseph Brodsky y Octavio Paz.

Otra asignatura pendiente es la relación de Paz con la contracultura, mucho más intensa de lo que podría pensarse y eclipsada por copiosos intereses que van del arte tántrico al expresionismo abstracto, pasando por la pintura colonial y la figura del mundo en Nueva España. Paz escribió uno de los primeros ensayos modernos sobre los alucinógenos, comentó las investigaciones del etnomicólogo Gordon Wasson y escribió el impecable prólogo de *Las enseñanzas de don Juan*, de Carlos Castaneda. Su interés en el erotismo y en el "regreso a Oriente" tiene notables puntos de confluencia con el movimiento *hippie*. También es muy interesante la discusión que el gran crítico de rock Jonathan Cott tuvo con Bob Dylan a propósito de la poesía de Paz.

Estas son algunas pistas hacia un camino aún por recorrerse.

El jefe intelectual

Si, en la parte inicial de su libro, Domínguez sigue pausadamente a intérpretes previos y en la parte medular traza un fascinante fresco del poeta en su tiempo, en el tramo final se desplaza del ensayo a la crónica, convirtiéndose en testigo de cargo del hombre al que quiso y con el que trabajó. Naturalmente, esta es la sección que dice más de los intereses personales del biógrafo y donde su extenso trabajo adquiere un tono íntimo, casi confesional.

El capítulo 11 lleva el revelador título de "La jefatura espiritual". Con impagable honestidad, Domínguez Michael explicita su punto de vista. Paz fue, para usar la terminología de Krauze, un caudillo cultural, y no hay jefes sin subalternos: quien escribe el texto acepta su subordinación al protagonista. Señalo de inmediato que subordinación no implica necesariamente servilismo ni

estar de acuerdo con todo lo que dice el jefe. Implica una asimetría de la relación: quien tiene más autoridad es el otro, el superior. Desde esa asimetría escribe Domínguez. Eso no implica obediencia, sino lealtad y militancia, gestos apasionados que pueden tener un hondo valor humano y también someter el pensamiento al corazón y la fe.

En su último tramo, la biografía se convierte en un acto de pasión y en cierta forma deviene autobiografía. Resulta admirable ver al principal crítico literario de México en franca lucha con sus sentimientos; no se deja dominar del todo por ellos, procura regresar al tono razonado, pero poco a poco se deja ganar por la emoción. Es aquí donde el futuro biógrafo de Christopher Domínguez Michael tiene una veta muy fecunda.

¿Cuántas cosas debemos saber de un gran hombre? La academia norteamericana ha cedido en años recientes a las historias desmitificadoras de las celebridades. En aras de humanizarlas muchas veces se acaba por agraviarlas.

Christopher Domínguez opta por otra estrategia. Se siente incómodo ante algunas arbitrariedades de Paz y no vacila en comunicarlas. Por ejemplo, comenta que Alejandro Rossi y Julieta Campos estuvieron a punto de ser expulsados por el poeta de la revista *Vuelta* a causa de su participación en el Coloquio de Invierno, organizado por la revista *Nexos*. En ese pasaje, el poeta que tantas veces defendió la tolerancia sucumbe a un irascible arrebato, pero después de desahogarse recapacita, acaso recordando lo mucho que ha escrito contra los sumarios Juicios de Moscú.

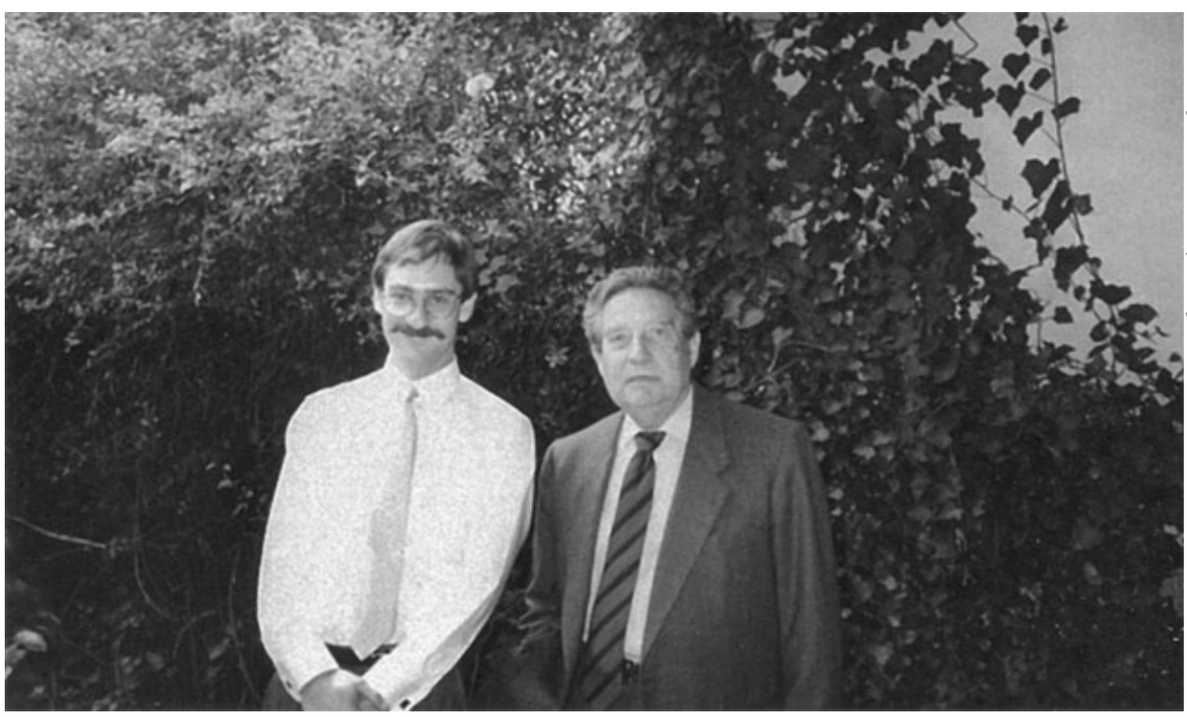
Christopher no rehúye las minucias de la *petite histoire*, las decisiones menores del poeta, muchas de ellas relacionadas con caprichos políticos. Mi padre escribió una crítica en la que señalaba que Paz había abdicado de su condición de poeta al acercarse a los reflectores de la fama y al poder. Convertido en prohombre, el poeta siempre fue rebelde; a veces cedió al aplauso; no llevó una vida de ejemplaridad absoluta. El reclamo me parece excesivo. En ocasiones, la admiración nos lleva a exigirle demasiado a nuestros favoritos. Mi padre hubiera deseado que el autor de libros excepcionales también tuviera la ejemplaridad de Martí o Gandhi.

El poeta vive su circunstancia y la de Octavio Paz fue parecida, por ejemplo, a la del poeta irlandés Yeats, hombre inmensamente aclamado que recibe el Premio Nobel y se convierte en senador en Irlanda. Con estudiada ironía, Yeats decía respecto a su relación con la época: "*I am a tall and unpopular man*" ("Soy un hombre alto e impopular"). Se trataba de pura coquetería porque era el hombre más popular de Irlanda. André Malraux, que fue piloto en la Guerra Civil española, se convirtió posteriormente en ministro de Charles de Gaulle y tuvo un entierro fastuoso. Es posible ser un gran escritor sin ser siempre un disidente.

Lo peculiar, en el caso de Paz, es que encomió siempre la distancia del Poeta con el Príncipe y, psicológicamente, se vio a sí mismo como un *outsider*, un disidente. Se atrevió a ser impopular, inaugurando arriesgadas formas de pensar. Eso basta y sobra. Me parece una desmesura pedirle la virtud del santo o el héroe cívico.

Pero también me parece desmedido que Christopher intente justificar errores fáciles de perdonar. En vez de aceptar algunos equívocos de poca monta, el biógrafo busca convertirlos en virtudes.

Un tema difícil de discutir es la postura que un liberal debe asumir en México, donde no hay una pista de



© Sebastián Domínguez Donis / Archivo Christopher Domínguez Michael

Christopher Domínguez Michael y Octavio Paz, 1990

© Marie José Paz

Octavio Paz, Damián Bayón, Mario Vargas Llosa y Guillermo Cabrera Infante, Cambridge, Inglaterra, años ochenta

aterrizaje concreta para esa convicción. ¿Por quién vota un liberal en nuestro país? Su agenda protege la alteridad sexual, la despenalización del aborto, el divorcio, la libertad de credos, las relaciones de convivencia. Al mismo tiempo, se opone al corporativismo que tantas veces encarna en los sindicatos y al uso patrimonial del poder. Ningún partido mexicano combina plenamente esas alternativas. Al sufragar por el PAN o el PRD, el votante puede ejercer *una parte* de la agenda liberal y acepta tácitamente cosas que la niegan. Aunque el voto de Paz por jefe de gobierno de la Ciudad de México no es un asunto central en su trayectoria, Christopher comenta que en 1997 apoyó al panista Carlos Castillo Peraza en contra de Cuauhtémoc Cárdenas y se detiene en esa pequeña circunstancia para elogiar a su biografiado, aclarando que el panista era "uno de los pocos intelectuales dados de alta entre los políticos conservadores mexicanos". Así da a entender que el voto del poeta no fue un voto progresista, pero sí ilustrado. Ya que analiza el tema, podría precisar qué tan liberal era apoyar a un político que se oponía radicalmente a la despenalización del aborto y combatía el uso del condón citando a santo Tomás de Aquino y señalando que los preservativos, pruebas de cargo del asesinato, eran además una amenaza ecológica porque taparían las cañerías de la ciudad.

La cercanía de Paz con los gobiernos de Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo no mermó su creatividad (los poemas de *Árbol adentro* y los ensayos de *La llama doble* confirman la vitalidad de sus últimos años); sin embargo, fue más dócil en su crítica al gobierno. En 1990, durante las discusiones del encuentro "El siglo XX: La experiencia de la libertad", Mario Vargas Llosa señaló famosamente que, en su repaso de las dictaduras latinoamericanas, había exonerado a la "dictadura perfecta", cuya principal característica era no parecerlo: el sistema político mexicano.

Paz no vaciló en descolgar el teléfono para pedir la destitución de Víctor Flores Olea, máximo funcionario de la cultura en México, por apoyar con recursos públicos el Coloquio de Invierno organizado por la revista *Nexos*. Christopher señala que el poeta luchaba contra "la cesión corporativa de las instituciones públicas" a un grupo de intelectuales. Paz se quejó de no haber sido invitado y luego de haber sido invitado "al cuarto para las doce". En caso de haber sido tomado en cuenta desde un principio, ¿habría eso invalidado el pacto corporativo que luego criticó? Por otra parte, ¿qué otro intelectual podía tirar a un ministro con una llamada telefónica? En este caso, la autoridad de Paz no derivaba exclusivamente de su inmenso prestigio, sino de su proximidad al régimen. No actuó como un intelectual que escribe un ensayo, sino como un hombre de poder que ajusta cuentas.

En mi opinión, este es un episodio menor al que el biógrafo da exagerada trascendencia. "De lo que nadie se acuerda es de la intrascendencia intelectual del Coloquio de Invierno", escribe Domínguez. Si es así, convendría dar menos relevancia a ese asunto.

Amigos muy cercanos de Octavio Paz han criticado con suavidad pero con decisión su vínculo con los dos últimos gobiernos del PRI que pudo conocer. En "Los combates de Octavio Paz", Enrique Krauze escribe: "Se

esperanzó demasiado en el régimen modernizador de Salinas, se impacientó demasiado con la revuelta tradicional de Chiapas". Por su parte, Mario Vargas Llosa comenta en su ensayo "El lenguaje de la pasión": "Su imagen política se vio algo enturbiada en los últimos años por su relación con los gobiernos del PRI, ante los que moderó su actitud crítica".

A propósito de la muerte de Octavio Paz —la agonía en una mansión cedida por el gobierno y el tránsito final en el hospital del ejército—, Alejandro Rossi, amigo de hierro del poeta, comenta a Christopher: "Murió en el escenario equivocado". El autor de *Manual del distraído* se refiere a que murió como un hombre de Estado. Christopher interpreta el hecho en forma positiva. Con extraña grandilocuencia, argumenta que el niño de la Revolución, hijo de un zapatista, merecía ser enterrado con todos los honores por el gobierno emanado de la Revolución y que el presidente Zedillo actuó con gallardía al estar cerca de él, cumpliendo lo que la nación le debe a un hijo pródigo.

José Emilio Pacheco dijo acerca de Jaime Torres Bodet que tuvo una vida de burócrata y una muerte de poeta: al estilo de José Asunción Silva y Heinrich von Kleist, se pegó un tiro. Paz tuvo una extensa vida de poeta y murió como un prócer. Este dato anecdótico no modifica sus libros.

Pero el biógrafo desea encontrar ahí una merecida recompensa para el servidor de México. ¿Por qué lo hace? Paz decía que la cultura soviética tenía una "adoración por el Estado". No podemos culpar a Christopher de profesar una adoración soviética cuando sugiere que el Estado recompensó con justicia a su prohombre. El asunto es más complejo: busca un cierre, una clausura, y da con un episodio formidable, uno de los grandes momentos de la cultura mexicana: el último discurso que improvisa Paz, donde habla del Valle de México, el sol, lo que le debe al país y cómo ha tratado de que su vida entera tenga que ver con este aire. El poeta ya es uno con su tierra. Christopher no se interesa en resaltar a un poeta de Estado sino a un poeta que representa a un país entero.

Arriesgo ahora una interpretación de las motivaciones del crítico que acaso pertenecen más al terreno del novelista que busca un personaje que al del comentarista literario.

Después del acto luctuoso en Bellas Artes, Christopher camina por las calles del Centro rumbo al Zócalo, ve la bandera a media asta y siente una identificación absoluta con Paz. Emocionado, ya no habla desde el análisis literario. En el corazón de la república encuentra una peculiar forma de la identidad. Entonces comprendemos que leímos el libro de un inmigrante que al fin ha dado con su patria; el crítico errante ha descubierto su país: Octavio Paz.

Estamos ante un rito de paso, el instante de pasión de un crítico, profesional de ocultar la pasión. Las últimas palabras del biógrafo son: "lo amábamos". Sólo amamos lo que nos excede. "*To fall in love*"; el que ama cae. La relación asimétrica con el jefe espiritual pasa al plano de la pasión.

¿Hay antecedentes de este tipo de biografía? Desde el punto de vista de la admiración, el diario de Bioy Casares sobre Borges tiene que ver con esto. En el momento en que muere Borges, dice Bioy Casares: "di mis primeros pasos en un mundo sin Borges". Para él, el mundo era Borges. Para Christopher, el país es Octavio Paz.

Pienso en pasiones equivalentes en Pellicer hablando de Vasconcelos, pero sobre todo en Guillermo Prieto, el niño que se quedó huérfano a los trece años y tocó a la puerta de Palacio Nacional para decir: "Soy un niño mexicano, no tengo padres y quiero que me adopte la nación". El escritor fue adoptado por la patria y se convirtió en uno de sus mayores defensores. Cuando se acercó a Juárez tuvo una relación apasionada, muy semejante a la que podemos leer en *Octavio Paz en su siglo*. Pensarán ustedes que no se puede comparar a un dignatario con un poeta, pero recordemos que Christopher habla de un "jefe espiritual" y que Juárez ejerció la presidencia en forma peregrina, llevándola a bordo de una carreta.

Prieto lo acompañó en esos tiempos en que la soberanía era un coche en fuga. Las cortinas del carruaje estaban siempre corridas y, si alguien preguntaba quién iba adentro, Prieto respondía: "Una familia enferma". Hubo un tiempo en que la patria fue eso, una familia enferma, custodiada por un escritor dispuesto a jugarse todo por esa causa.

Adoptado en Palacio Nacional, Guillermo Prieto escribió sobre Juárez con la enjundia que encontramos en las páginas finales de Domínguez sobre Paz.

Queremos a la gente no sólo por sus virtudes, sino por sus defectos. En la conmovedora confesión amorosa de las páginas finales, la objetividad de la sección medular ha remitido. Entendemos las emociones que el biógrafo ha puesto en juego a costa de su propia biografía. El huérfano encuentra al padre, el apátrida tiene una casa.

La excepcional mente de Christopher Domínguez desemboca en un acto de pasión. Espléndido historiador de las ideas, también se arriesga a ser el arbitrario cronista de la causa que defiende. No hay que estar de acuerdo con él para apreciarlo. Ningún homenaje mejor para un crítico que leerlo en forma crítica.

Muchas gracias. **u**

Versión editada de las palabras dichas en Guadalajara, Jalisco, el 30 de noviembre de 2014, durante la presentación del libro en la Feria Internacional del Libro.